

sona, excéptico y de mediana instrucción, amado de sus enfermos, á los cuales solo les recetaba medicinas sencillas y poco costosas y los confortaba con su buen humor.

Al mirar al coronel levantó los brazos en señal de pena, y dijo:

—Una gran desgracia, pero estaba prevista.

Para el doctor Sougé todo estaba previsto; nada le sorprendía.

—¿Estábais aquí?—preguntó á Roland.

—Sí, doctor.

—¿No ha tenido sufrimiento?

—Ni el más mínimo. Estábamos hablando. Yo creí que era un síncope.

—¡Hermosa muerte! ¿Y vuestro padre?

—Estaba bien cuando le dejé.

El doctor movió la cabeza.

—¡Bien, bien!—murmuraba.—Es demasiado decir. El coronel no estaba peor ayer, y sin embargo... A vos se os puede decir todo, porque sois hombre de carácter.

—¡Me asustais, doctor!

—Nada de eso: es preciso ver las cosas como son. El pobre Beroult puede morir en el momento menos pensado. Es cosa prevista. Estad prevenido.

—Creo que exagerais.

—Bien, bien, tanto mejor. Ya lo veremos...

El médico, que no tenía ya nada que hacer en el Fresne, estrechó con efusión las manos de las huérfanas y desapareció.

El secretario del conde de Magny tomó el sombrero y se dispuso á seguir al médi-

co; pero antes hizo una señal á Margarita Souvray, que se aproximó, mirándole fijamente.

—Me habeis rechazado,—le dijo Roland con dureza—cuando acudí á vos. Adiós. El porvenir os demostrará que había verdadero amor y alguna generosidad en mi proceder.

—¿Qué queréis decir?

—Nada más de lo que he dicho. ¡Acordaos, Margarita! Me llevo de esta casa una verdadera decepción. Dios quiera que las vuestras sean menos crueles.

E inclinándose, saludó y salió á su vez.

## V

### Aflicción.

Al siguiente día, los habitantes de Serigné fueron despertados por el melancólico clamor de las campanas. Dos importantes personajes habían muerto casi á la vez, y los dos entierros debían verificarse por la mañana, lo cual era un acontecimiento para aquellos vecinos, que abandonaron los trabajos para reunirse en la iglesia y en la plaza.

La opinión general era que el viejo Beroult dejaba una gran fortuna á su heredero, y de todos los labios salía esta frase:

«Un calavera que hará fortuna.»

El dolor de las hijas del coronel movía á piedad.

Roland Beroult, al salir del cementerio

adonde fué enterrado su padre, se presentó en la iglesia y saludó á las huérfanas; pero cuando, terminados los oficios, cayeron las primeras paletadas de tierra en la fosa del coronel, Margarita, con los ojos llenos de lágrimas, le buscó entre la multitud, sin encontrarle: había desaparecido.

Margarita volvió á pie al Fresne, distante unos dos kilómetros, prodigando á su hermana Luisa cuidados verdaderamente maternales.

Cuando los amigos, ó por mejor decir, los conocidos y los vecinos que las acompañaron durante la lúgubre ceremonia se fueron, la casa les pareció inmensa y vacía. Experimentaron esa sensación de frío que nos sobrecoge en una morada largo tiempo desierta, y se refugiaron en sus habitaciones para entregarse al llanto.

El corazón de Margarita se anegaba en una profunda tristeza, y se sentía turbado por vagos presentimientos. Era el único apoyo de su hermana, y ella necesitaba también en quien apoyarse, por más que fuese fuerte y valerosa. En la iglesia no había visto más que indiferentes y curiosos.

El coronel Souvray pasaba en el país por un ser original y raro; cariñoso con los débiles, no transigía con los burgueses de Segrigné y los mantenía á distancia.

No se le conocía más que un amigo, además del banquero Beroult, que después de todo era para él más que un amigo, un agente de negocios.

Este amigo se llamaba Duperrier, indus-

trial en vidriería, y cuyo hijo era el prometido de Margarita, faltando solo fijar el día de la boda.

Por una de esas casualidades tan frecuentes en la vida, ningún individuo de la familia Duperrier asistió al entierro del coronel.

El hijo se encontraba en Argelia; el padre viajaba por Alsacia; la madre estaba enferma.

Esta ausencia, si bien justificada, vino á aumentar la tristeza de Margarita, que consideraba aquello como un mal agüero.

Dos días después, cuando la joven debió ocuparse de los detalles de su posición, solo encontró en la caja algunos centenares de francos. Pero no se inquietó, porque sabía que el verdadero cajero de su padre era el viejo Beroult, el *factotum*, el consejero, el indispensable de la familia.

Su desaparición no podía influir en el estado de fortuna de los Souvray; sin embargo, por ajena que la primogénita del coronel fuese á los negocios, comprendía que la situación de su herencia debía estar debidamente comprobada por documentos, y estos documentos no parecían por ninguna parte á pesar de sus escrupulosas pesquisas.

Recordó con terror las ambiguas palabras de Roland:

«Pronto conoceréis que había alguna generosidad en mi proceder.»

A fuerza de reflexionar, comprendió que estas frases podían encerrar una amenaza. Roland no podía en efecto referirse á su

generosidad en el sentido de solicitar por puro amor á Margarita, como si esta careciese de dote, porque era una cosa indudable que el coronel poseía por lo menos veinte mil francos de renta, de cuya administración absoluta estaba encargado Beroult padre, en quien el coronel tenía la más omnimoda confianza.

¿A qué clase de generosidad podía referirse Roland?

Buscando en sus recuerdos, Margarita sintióse inundada de sudor frío al pensar en la caja vacía; sin dinero, sin papeles, sin valores, sin cuenta alguna.

La idea de un crimen tenebroso pasó por su imaginación, pero la rechazó en seguida.

Roland había estado solo con el coronel, y encerrado con él estaba al ocurrir la muerte. En el fondo ella no le amaba ni le estimaba: veía en él algo de traidor, algo que revelaba la falsedad y la perfidia. Con todo no se atrevía á acusarle.

Registró todos los rincones de la casa y no encontró ni un solo dato acerca de aquella fortuna tan imprudentemente confiada á manos ajenas. Presa de verdadero espanto, entró en la habitación de su hermana y le dijo, abrazándola tiernamente:

—No te inquietes; voy á salir, pero volveré en seguida.

—¿Adónde vas?

—A la ciudad.

—¿Tienes precisión de ir?

—Sí.

Cogió la cabeza de su hermana y le dió un prolongado beso en la frente.

—¡Pobre Margarita!—dijo la joven al verla marchar con paso rápido por el camino de Serigné: no tiene más que á mí, y muy pronto...

Margarita, entre tanto, marchaba cabizbaja y con el pecho oprimido, sin atreverse á acusar á Roland, el hijo de un amigo, de una acción tan monstruosa como la que ella sospechaba. ¡Robar una fortuna y tal vez cometer un crimen peor todavía!

Estas reflexiones facilitaban el camino de los recuerdos y acudían á su memoria los detalles de la visita de Roland.

El coronel había muerto repentinamente y con mucha oportunidad para aquel miserable, que al separarse de ella estaba tranquilo, casi sonriente, como no lo había estado nunca; y cuando ella entró apresuradamente en la habitación del crimen (esta palabra acudía á sus labios, á pesar suyo), Roland tenía un aire singular, una alegría de triunfo que en vano trataba de disimular.

En la iglesia le dirigía con irónica persistencia extrañas miradas, en las que había una insultante provocación, una burla indecible y también piedad, la piedad desdeñosa del fuerte para con el débil, del vencedor para con el vencido.

El día de la muerte del padre de Roland corrieron algunos rumores acerca de este suceso, á pesar de las precauciones tomadas, y todo parecía indicar que la visita de Ro-

land al coronel había sido posterior al fallecimiento del viejo Beroult.

¿Cómo se explicaba la insistencia de Roland en hablar al coronel, cuando Margarita no le había dejado ninguna esperanza?

Algunas veces el coronel había dicho á sus hijas, señalando el armario:

—Los papeles están ahí.

Y allí no había nada.

Los indicios y aun las pruebas iban acumulándose en su espantado espíritu.

No tardó en llegar á Serigné y en encontrarse frente á la casa de Beroult, toda cerrada. Llamó, y al abrir Brígida, sintió un estremecimiento.

—¿Sois vos, señorita?—balbució con voz temblorosa.—Entrad.

La huérfana sintió renacer la confianza en presencia de Brígida, porque conocía bien á la criada de Beroult, buena y caritativa mujer, más estimada por las gentes que su amo.

Cuando estuvieron en la habitación del banquero, Margarita fué la primera que rompió el silencio.

—Mi querida Brígida—dijo,—vengo poseída de gran inquietud.

—¡Por vuestra hermana, sin duda!—dijo la vieja, cuya mirada se había vuelto sombría, y afectando gran sencillez para engañar á la joven.—¡Pobre niña! El doctor Sougé dice que se halla muy grave.

—¡Ay! Sí. Pero no se trata sólo de ella.

—¿De quién se trata entonces?—dijo la vieja, juntando hipócritamente las manos.

—Vengo con motivo de los asuntos de mi padre, de los cuales sabéis que estaba encargado el señor Beroult.

El rostro de Brígida se demudó, pero contestó sin vacilar:

—No sé nada de eso. Mi cabeza no está para negocios; y como mi amo lo sabía, nunca me dijo una palabra relativa á ellos, os lo juro.

Margarita sintió como si la hirieran en el corazón. Sus sospechas se convertían en certidumbre.

—Vamos, Brígida—dijo con dulzura,—repasad vuestra memoria. Alguna vez habéis llevado dinero á casa.

—¡He ido á tantas casas, que no puedo acordarme cuando ni para qué me han enviado á ninguna. Pero, después de todo, nada tenéis que temer. El pobre difunto era un hombre de bien, incapaz de perjudicar en un céntimo á nadie: si os debía algo, no perderéis nada seguramente, porque todos sus asuntos debió dejarlos en regla.

—¿Ha regresado á París Mr. Roland?

—Inmediatamente después del entierro. Le llamaban de allá. El pobre está bien abatido. No esperaba este golpe.

—¿Volverá?

—No lo sé.

—¿No os ha dicho nada?

—Es tan reservado como su padre, y además ya comprendereis que acostumbrado á las grandezas, no hace caso de una pobre anciana ignorante como yo, á pesar de que le he criado y he sido su verdadera ma-

dre. No se siquiera si conservará esta casa, su viejo hogar. Los jóvenes de hoy no se satisfacen con la vida del campo, que les aburre; se sienten atraídos por París, ese París que les pierde despertando en ellos ambiciones.

Brígida respondía casi inconscientemente á su propio pensamiento. Conocía lo sucedido como si lo hubiera presenciado; el crimen del Fresne, el robo desvergonzado, y en el fondo de su alma sentía levantarse un sentimiento de indignación. Pero ¿podía vender al que amaba como hijo?

Quizás luchó un instante entre su afeción y su deber en presencia de aquella encantadora joven, que siempre había tenido para ella atenciones, reducida á la miseria por tan odiosa y criminal maquinación; pero la lucha fué corta. Entre dos sacrificios, eligió el menor y acordándose de las instrucciones del culpable, sofocó el grito de su conciencia.

—¿Qué quereis que os diga? No sé nada; no sé nada, dijo á la joven.

—Brígida—replicó esta.—Sois una mujer honrada; nadie ha tenido nunca que reprocharos una mala acción; pero en este momento no decis la verdad. Cumplis una orden. Se os ha mandado callar y callais. ¿No es cierto?

Brígida tuvo que hacer un gran esfuerzo para contestar:

—No, no; no puedo decir nada porque nada sé.

—¿Qué Dios os perdone—dijo Margarita?

—Os haceis cómplice de un crimen. En vuestra última hora os pesará. ¡Adiós!

Y salió sin volver la cabeza.

La vieja quedó como clavada en el suelo murmurando:

—Es verdad, tiene razón. Esto será mi remordimiento eterno... la perdición de mi alma. Pero yo no puedo perderle; no puedo, no.

La huérfana entretanto cruzaba las calles de la población, sin saber lo que hacia, pensando únicamente en la trama en que estaba cogida, en aquel plan concebido para despojarla, bastándole para su convencimiento el embarazo de la criada en presencia suya y sus respuestas, dictadas por un hombre á quien no podía negarle nada.

¿Pero qué hacer? ¿A quién recurrir para obtener justicia y confundir al culpable?

Cuando se hacía á sí misma estas preguntas, pasaba por delante de la casa del juez de paz de Serigné, y recordó que éste había comido algunas veces en casa del coronel. Entonces le ocurrió la idea de consultarle.

M. Giraud, pues este era el nombre del juez, la recibió con gran cortesía, pero manifestando cierta extrañeza por la visita.

—¿A qué debo el honor...?

—Vengo á pedir os un consejo y vuestro apoyo.

—Estoy enteramente á vuestra disposición.

—¿Conocíais á nuestro pobre padre, señor juez?

—Perfectamente... ha sido su muerte una pérdida para el país...

30567

UNIVERSIDAD DE MONTE-  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1525 MONTERREY, MEXICO

—¿Sabeis también cuan grande era su horror á los negocios?

—Sí, por cierto.

—¿Y cuan antipáticos le eran los cálculos y la administración de su fortuna?

—Sin duda... sin duda...

—El tenía plena confianza en uno de sus amigos...

—Y de los míos, señorita,—interrumpió el juez.—¿Hablais sin duda de M. Beroult?

—En efecto, M. Beroult compraba y vendía en nombre de mi padre, era el depositario de los valores y títulos y cobraba los intereses...

—Bien, pues nada más sencillo; no hay más que hacer una liquidación.

—Eso debería ser, y sin embargo, abrigo temores serios de tener que habérmelas con gentes de mala fé.

—Veamos, decidme vuestro pensamiento.

La hija del coronel confió al juez de paz sus dudas, le refirió cuantohabía sucedido al morir su padre, la inutilidad de las investigaciones hechas, la desaparición de los recibos, de cuya existencia estaba segura, las palabras amenazadoras de Roland Beroult y el obstinado silencio de la criada.

—Esto es grave, muy grave—dijo el juez. Vuestro padre no ha procedido muy prudentemente. Carencia de pruebas... esto es una dificultad. ¿Cómo poner en claro la verdad? ¿Quereis que yo escriba á Roland?

—Nos prestaríais un gran servicio.

—Iré á París y os enviaré la respuesta... Pero el coronel ha procedido muy de lige-

ro... Es una situación horrible... Es casi materialmente imposible restablecer la verdad.

Margarita se levantó desolada y se dirigió hacia la puerta, seguida por el juez, que balbuceaba estas frases:

—Vamos, ¡valor y esperanza! No desalentéis... Pero preveo grandes disgustos. Hacen falta pruebas, porque las pruebas lo son todo para la justicia, y nosotros no las tenemos.

Cuando volvió á su despacho, donde le esperaba su esposa, mujer repleta de carne y de celos, se frotó las manos con muestras de gran alegría.

—¿Qué hay?—preguntó ella.

—Que ya tengo mi ascenso.

—Pero ¿cómo es eso?

—Ya lo sabrás cuando vuelva de París.

—¿Te marchas?

—Al instante.

—Y ¿cuándo vuelves?

—A lo más, dentro de veinticuatro horas. Y añadió con entonación solemne:

—De este viaje depende mi porvenir.

El también había comprendido, por su parte, mucho mejor que la desgraciada huérfana del coronel. Gozando de la intimidad del banquero de Serigné, había adivinado su ruina, por ciertos detalles. El relato de Margarita le daba la clave del enigma. Roland Beroult era un ladrón y un miserable, pero era poderoso. Se podía negociar con él.

A los dos días, el juez se presentó en la casa del Fresne, preguntando por Margarita, que conoció en el semblante de M. Gi-

raud las malas noticias que éste le llevaba.

—Señorita—dijo,—siento de veras haberme encargado de esta misión, cuyo resultado no ha respondido á mis deseos. Monsieur Berault es, como sabeis, muy estimado en elevadas esferas, y tiene cerca del prefecto una autoridad contra la cual sería temerario luchar sin pruebas concluyentes, de las que carecemos. He expuesto el asunto á M. Beroult, y se ha encogido de hombros, diciéndome que su padre era reservado acerca de sus negocios, con él y con todo el mundo, y que alguna, muy rara vez, le había oído quejarse de la manera que el coronel tenía de entender sus intereses, y que le arruinaba....

—¡Mentira!—exclamó Margarita poniendo en la voz toda la energía y la indignación de su alma.

—¿Quién sabe?—murmuró M. Giraud.

—¿Dudaría también?

—A fé mía, señorita, ya lo he dicho. La justicia no se paga de frases; quiere actos, exige pruebas.

Después de estas palabras duras, hizo algunas consideraciones generales sobre el peligro que hay en infamar á un adversario, sobre la fé debida á la palabra de un personaje oficial, por decirlo así, y protestando de su consideración hácia las hijas del coronel, se retiró.

Margarita, aniquilada, no tuvo valor para acompañarle hasta la puerta.

## VI

## Dos hombres de talento.

Véase lo que había sucedido.

Roland Beroult no estaba tranquilo al volver á su despacho de la Prefectura, después de su siniestra expedición; pero nadie hubiera podido leer en su rostro los pensamientos que agitaban su espíritu.

El día siguiente al de la entrevista entre Brígida y la hija del coronel Souvray, apenas Roland entró en la oficina, le entregaron una tarjeta.

Al pasar la vista por ella, tembló; pero no le hizo traición su semblante.

—Que entre—dijo.

El nombre que había leído era el del juez de paz de Serigné.

—¿Comenzarán ya las hostilidades?—pensó.

El secretario del conde de Magny acogió cordialmente á M. Giraud, tendiéndole los brazos.

—¿Qué casualidad os trae á París, querido amigo?—le preguntó, mientras le ofrecía un sillón.

Roland empezó la conversación, haciéndola recaer hábilmente sobre la muerte de su padre, mostrándose desalentado, abrumado por aquella desgracia imprevista, que le dejaba solo, sin parientes y sin familia.

Después entró en el terreno de las confidencias, confesando su pasión por Margari-

ta, el desengaño recibido, la pérdida de sus esperanzas; desventuras todas de las que solo podía consolarse entregándose por completo en brazos de la ambición, que no le proporcionaría tan amargas decepciones.

Con todo, no podía quejarse, porque, á Dios gracias, tenía una posición soberbia. Solo por amor, por satisfacer una exigencia del corazón, había pensado en Margarita Souvray, teniendo en París tantas herederas ricas entre quienes elegir. Sin embargo, no pensaba en el matrimonio, al menos por entonces. Se preocuparía únicamente de su carrera, mientras la suerte le fuera propicia; después... ya vería.

Con mucha habilidad deslizó estas frases con las que se anticipaba á los deseos del juez de paz:

—Mi querido Giraud, el viento de la suerte puede cambiar. Hoy se está en la cima y mañana puede uno encontrarse en lo más profundo. Si por casualidad deseais alguna cosa, no teneis más que decirlo. Estoy enteramente á vuestra disposición. Para un hombre de vuestra inteligencia, Serigné es una cosa bien mezquina. Lo que necesitáis es un juzgado de mayor categoría, en Saumur, por ejemplo, ó en Tours. ¿Por qué no? Yo tengo muchos amigos en la magistratura. Me admira que no hayais pensado en esto.

El juez de paz replicó:

—Pero si es todo lo contrario. Precisamente venía á hablaros de eso...

El secretario sintió dilatársele el alma.

—Sea enhorabuena—dijo.

Y á la vez, continuó Mr. Giraud, de un asunto sobre el cual se me ha consultado.

El duelo estaba empeñado.

—¿De qué se trata?—preguntó Roland.

—¿No adivinais?

—No, por cierto.

—Es extraño. Se trata de las señoritas de Souvray.

Roland permaneció impasible.

El juez de paz siguió hablando.

—Están con gran inquietud.

—¿Por qué?

—¿Pero no estais enterado?—preguntó el juez con tono agresivo.

—De nada, absolutamente de nada.

—Entonces será preciso que yo os explique los hechos.

—Os lo ruego.

—El coronel Souvray tenía una renta de veinte mil francos.

—Algunas veces se atribuye á las personas una fortuna que no poseen.

El juez movió la cabeza.

—No—dijo,—no es este el caso. Esto era notorio. Todos lo saben en el país.

—Como querais,—dijo Roland con indiferencia.—El asunto no me interesa. ¿A dónde quereis ir á parar?

—Vais á verlo. La fortuna del coronel Souvray se componía exclusivamente de títulos... al portador, y esos títulos han desaparecido.

—Si existían, ya aparecerán.

—A menos que no hayan sido robados.



—¿Por quién?

—Eso es lo que falta demostrar.

—No debe ser difícil,—observó el secretario.

—Quizás, sí. El coronel Souvray no era muy ordenado...

—Eso es un mal.

—Sin duda, pero su primogénita Margarita, asegura que él tenía en su casa documentos que probaban una cosa capital en este asunto, á saber, que su fortuna estaba depositada en una casa de Serigné, en la de un amigo en quien el coronel depositaba toda su confianza. Este amigo la administraba como suya propia, comprando, vendiendo ó cambiando los valores con toda libertad.

El secretario del conde de Magny se encogió de hombros.

—Todo eso es posible—dijo,—pero es evidente que estas operaciones se comprueban por alguna clase de testimonios, y estos debían hallarse en poder de Souvray.

—Así era en efecto; pero ahora no están, por haber sido sustraídos al morir el coronel.

—Eso parece fabuloso. ¿Quién los ha robado?

—Alguien que sin duda tenía interés en destruirlos.

—Pero era preciso que ese alguien entrara en la casa.

—Claro es que sí.

—¿Y entró alguien?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Momentos ántes de la muerte del coronel.

—¿Le conocéis vos? —preguntó Roland sin alterarse.

—Sí.

—¿Podeis nombrarlo?

—Sin dificultad alguna. El amigo que manejaba la fortuna del coronel Souvray se llamaba Mr. Beroult, banquero de Serigné; el que entró en casa del coronel, en la habitación del moribundo...

—¿Y que ha arrebatado los papeles?—interrumpió osadamente Roland.

—Sí; este era Mr. Roland Beroult, secretario particular del conde Magny, prefecto de policía. Vos comprendereis que al hablar así, no soy más que un eco.

—¿Y esas señoritas os han dado el encargo de verme?

—He creído que no debía negarles este servicio, por causas que comprenderéis.

Efectivamente, el secretario comprendía.

El juez de paz insinuó al secretario que siempre se podía sostener, con injusticia por supuesto, que los Beroult habían abusado de la confianza ciega del coronel, que habían arruinado á las huérfanas, que el asunto produciría un escándalo horrible, y que su simpatía hacia él le impedía aconsejar á las desgraciadas jóvenes en tal sentido.

El secretario replicó sonriendo que no tenía nada, que ignoraba la existencia del supuesto depósito en casa de su padre, del cual le hubiese hablado, de haber existido; que por encima de todo estaba la justicia, ante